Año I. — Núm. 75. Miércoles 4 de noviembre de 1857. Islas Baleares.

EL ISLEÑO,

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.
Palma.—Imprenta y Librería de Gelabert.—Mahon.—D. Matías Mascaró.—Iviza.—D. Joaquin Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.
En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demas puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

Recuerdos poéticos.

Al terminar el mes de mayo, que se llama generalmente el mes de las flores, no hemos sabido resistir al deseo de consagrar otro artículo á estas hermosas hijas de la luz de la tierra y del rocío, para justificar mas claramente la natural inclinacion con que las mujeres las miran, y el singular entusiasmo con que los poetas las celebran.

A la verdad que solo en su compañía deberian meditar los filósofos, los artistas y los hombres de genio, para que estuviesen sus ideas al lado de sus imágenes.

Si tratásemos de remontarnos á los primeros tiempos de la historia del mundo, encontraríamos que la poesía es casi tan antigua como él.

No entraremos en curiosos pormenores para averiguar si la música fué la madre de la poesía ó si esta dió orígen á la primera, puesto que tan naturalmente se concibe que, ó el eco armonioso de los primeros versos indicó la modulacion del canto; ó que las sencillas canciones de los pueblos primitivos despertaron el deseo de componer palabras que, ajustadas á ciertas pausas y determinadas cadencias, produjeron una melodía semejante á los sonidos músicos. Es indudable que á la poesía y á la música se las encuentra siempre íntima y cariñosamente unidas, como dos hermanas, de cuya union ha resultado sin duda la armonía de los universos.

El rumor de los torrentes pudo inspirar la primitiva idea del canto á los rudos salvajes, y el rumor de sus flores y el estruendo de sus bosques agitados por el huracan serian tal vez los primeros sonidos que imitarian instintivamente, de modo que enmedio de sus selvas, bajo las ramas que entonces servian para formar sus aduares y las aras de sus dioses, recreándose con el perfume de las flores que les rodeaban, fue como concibieron la música y la poesía, entre el murmullo de las hojas y con el canto de las aves compañeras de sus peregrinaciones.

Esto nos persuade, como antes lo hemos indicado, que las canciones poéticas son tan antiguas como los pueblos: hijas de sus trabajos, consuelo de sus grandes infortunios. Ya son la súplica de una tribu vencida; ya el himno de un pais batallador: ya el grito de un ejército poderoso; ya la maldicion de una horda proscripta, y la blasfemia de una secta fanática, ya la súplica de una nacion creyente. Ella ha asistido á los triunfos de los héroes dominadores; ella ha derramado lágrimas sobre los escombros de los imperios que han dejado de ser: ha despojado de su falso atavío al vicio sublimado y no por eso menos vil; y ha rendido alabanzas y loores al honor y á las virtudes. En fin, ella es la primera inspiracion del alma, llegando á considerarla Platon como un ay espontáneo é irresistible del espíritu cuando anhela descanso.

Los versos mas antiguos de que yo tengo noticia nos vinieron de la Arcadia. Thesalia fue el pais privilegiado en que los griegos suponian el alcázar de las Musas; la Grecia, el suelo nativo de las canciones, y el primer cantor Anacreonte; su cuna la soledad de los campos y la compañía de las flores.

Desde el viejo memorable de Cors, que recorrió de villa en villa la antigua Grecia recitando aquella estensa y prodigiosa cancion de la Iliada, de la cual segun un estimable poeta épico, tuvieron orígen las grandes artes que florecieron en Atenas y en Roma; desde el divino Homero hasta el último de los vates modernos, todos los poetas han consagrado á las flores un culto tiernísimo y mas de un recuerdo en sus brillantes inspiraciones. Asi es que desde el tristísimo cantor sagrado que iba á suspirar sus lamentaciones religiosas á la sombra de los olivos en los campos de Jerusalen, y el Rey inspirado profeta de que nos hacen mencion las escrituras bíblicas, hasta los apasionados poetas del Oriente, y los entusiastas trovadores de la Provenza y los sombríos bardos de la Scandinavia, y los Menestreles ingleses, todos las han rendido igual tributo de adoracion sencilla, y todos han procurado embellecer sus composiciones, ya sublimes y de alta entonacion, ya delicadas y de sentimiento, con las imágenes que les ofrecian las admirables flores á cuya pureza, frescura, suavidad, colorido y perfumes comparaban la belleza de sus vírgenes, la idealidad de sus ángeles, la ternura de sus afectos, la felicidad de sus amores, la dulzura de su esperanza. En ellas simbolizaron todas las pasiones dignas, todos los sentimientos delicados, todos los sueños deslumbradores del genio creador y poderoso, y nunca supieron agotar el fecundo tesoro que derramaba abundantemente á sus plantas la naturaleza inagotable en sus frutos. El lenguaje de las flores, sobre cuyo asunto se han escrito tantos y tan bellos libros, justifica lo que decimos.

Los cancioneros de la corte de Augusto, Virgilio y Horacio, á los que siguieron Ovidio, Tibulo y Propercio, á imitacion de lo que habia hecho Anacreonte en Atenas, introdujeron las flores en sus banquetes, considerando sus perfumes como los escitantes mas poderosos. Sin duda por esta razon se representa á Venus constantemente entre nubes de aromas, y por eso recelaria Perseo que pasease su amada por los jardines solitarios cubiertos de flores. Filósofos hay de la antigüedad que colocan el alma en la nariz, para percibir mas pronto los perfumes; y aun cuando esto sea una exageracion pueril, creemos que no va descaminado Diderot cuando llama al olfato el mas voluptuoso de los sentidos. El incienso de los altares, dice un eminente escritor, favorece al recogimiento religioso, del mismo modo que el olor de los valles escita á una dulce melancolía.

Los aromas de las flores, segun cuentan, predisponian á Mahoma para las inspiraciones y éxtasis estraordinarios que requeria el importante papel que representaba entre sus adeptos; y leyendo la historia, no es fácil olvidar la grandiosa catástrofe de los tres millones de combatientes á quienes derrotaron los pueblecillos mas miserables de la Grecia, y nos figuramos ver al poderoso Xerjes recogiendo plantas y arbustos oloríficos y quemándolos en el puente del Helesponto, para conseguir con el efecto de sus perfumes la victoria que no habria alcanzado con las armas. Y al mismo tiempo que esto sucedia y que Xerjes se utilizaba de este sencillo y misterioso auxiliar para su triunfo, otra pobre planta servia para sonrojar al gran conquistador Alejandro. Este, acostumbrado á renovar á su antojo pueblos enteros, trasladándolos á apartadas comarcas, no pudo trasplantar una sola raiz de yedra para aclimatarla en el suelo de Babilonia. Impotente esfuerzo de la humanidad que contrasta con el inmenso poder del Hacedor supremo. ¡El mayor héroe del mundo vencido por una yedra de las ruinas! Y no debe olvidarse que Alejandro puso en conseguir su deseo un obstinado y constante empeño, porque segun Plutarco, trataba de representar en Babilonia el papel del dios Baco con todos sus atributos.

Pero dejando aparte las consideraciones históricas, ¿puede nadie desconocer la íntima relacion que tienen las flores con las bellas artes, y por lo tanto lo justificada que está la preferencia con que sus apasionados las estiman? ¿Quiénes serán los que no tengan alguna noticia del eminente pintor holandés, el cual no acertando á dar un bello colorido, de efecto combinado, á un grupo de tres figuras que tenia que pintar vestidas todas de blanco, halló resuelta su dificultad, y desvanecido el recelo que le retraia, observando en un montecillo, debajo de un álamo copudo los diversos matices blancos que ostentaban unas flores silvestres? ¿Y á la verdad, los blancos del lirio, los de la margarita, los de la anémona, narcisos y jacintos, no ofrecen cien mil variadas tintas, y proporcionan admirables modelos que estudiar á los artistas observadores? ¿Todos los demas colores, con especialidad, no tienen en mil y mil macetas infinidad de graduadas tintas y de variados tornasoles, que son un álbum natural y precioso en donde la naturaleza ha regalado á las artes lecciones sublimes, en los sencillos modelos que les presenta?

Si de la pintura pasamos á la arquitectura, la caprichosa configuracion y plegado de las hojas, ¿no ha servido en mas de una ocasion de modelo á sus dibujos? ¿La palma no la enriquece en sus adornos? La flor de Acanto ha dado orígen á un magnífico decorado arquitectónico, y en un artículo en que se refieren algunos detalles de las flores, no nos atrevemos á dejar de narrar la poética historia de este suceso.

En una provincia del Mediodia, se amaban con recíproca ternura dos jóvenes á quienes la suerte negó el consuelo de vivir enlazados. El amante sucumbió en el campo de batalla; su prometida no resistió al dolor de una separacion eterna, y murió tambien. Se la erigió una modesta tumba entre las flores del valle: una tarde paseándose Calimaco, el arquitecto, se acercó á la losa fúnebre que cubria los restos de la enamorada jóven, pero se detuvo para contemplar un lindo canastillo que contenia preciosas flores campestres y un velo de desposada, ofrenda cariñosa que una nodriza leal habia colocado junto á la pobre sepultura de su hija adoptiva. El canastillo cubierto, con un pañizuelo, se hallaba colocado junto á la planta de un Acanto, y sus flores rodeándose á los mimbres, y entrelazados con ellos no pudiendo crecer con libertad, porque la oprimia la tela que servia para cubrirle, se plegaron por su estremidad enroscando caprichosamente las puntas de sus hojas. Calimaco, sorprendido de tan vistoso conjunto, y contemplando con detenimiento aquel magnífico decorado campestre, ideó allí mismo y trazó despues el chapitel de la columna corintia, tal como hoy dia le admiramos.

Pero nos detendremos en mas pormenores; creemos que no en vano han sobresalido por la escelencia de sus obras los artistas que han habitado al lado de tan inspiradoras imágenes.

Desde el sombrío Miguel Angel, recorriendo los vergeles de Italia, hasta el divino Rafael penetrando de incógnito en sus valles y copiando bajo los toldos de siempreviva los rostros de las napolitanas, de ceyas facciones se inspiraba para sus vírjenes; todos han vivido entre ellas.

¿El famoso Dominiquino, no construyó un soberbio palacio para el cardenal Aldrovani en Frascati, convirtiéndose en jardinero, y arreglando él por su mano el parque, las alamedas, las caidas de agua y los invernáculos y terraplenes para las macetas mas estimadas? ¿La mayor parte de los pintores y escultores de Florencia y Mantua, no hicieron lo mismo con otros muchos personajes notables? ¿No existe aun la casa de campo del cardenal *Secchetti*, obra insigne por su fábrica, por sus jardines y florestas, debidas al gran Pedro de Cortona? Pedro Breugel y Félix Meyer, el uno por las montañas del Tird, el otro por las cumbres de los Alpes, pasaron su vida entera, espiando, por decirlo así, á la naturaleza á todas horas, en todas sus épocas, para reproducir sus cuadros naturales y prodigiosos en lienzos igualmente admirables. En una palabra, el primero acaso de los paisistas, el inmortal Pusino, tenia á la vez cuatro casas de campo, de las que no salió mas que para el sepulcro. Una en Frascati la risueña; dos en las alturas de Roma y otra en la pintoresca Tiboli.

En cuanto á la influencia que ejercen las flores en el ánimo de los poetas, está de todo punto reconocida: la naturaleza inclina á los hombres al cultivo de las plantas que recrean sus ojos y enamoran sus sentidos; de aquí el afan de reunirlas y el orígen de los jardines.

Los antiguos pensiles de Babilonia son acaso los primeros que se recuerdan, y tan celebrados por su magnificencia como por haber descrito sus maravillas las elegantes plumas de *Diodoro* y *Strabon*.

Sin embargo, se debe poner en duda la parte fantástica de la construccion acerca de aquellos verjeles, que no han merecido al historiador Herodoto ni una leve mencion, siendo así que con tanta prolijidad y estudio refirió todas las grandezas de ciudad tan notable. Acaso serian montañas cortadas, esmaltadas de flores, coronadas de árboles, y simétricamente divididas en terraplenes, pues la novedad y estrañeza de esta invencion pudo ser bastante para fascinar á los crédulos babilonios.

En la mayor parte del Oriente, en el Asia, y el Africa sobre todo, los jardines son rudos y naturales: la copia de plantas y variedad de arbustos que brotan de aquella tierra abrasada, inunda espaciosas llanuras. Mahoma elevaba su espíritu entre los perfumes, como ya hemos indicado; la felicidad que promete á sus adoradores, está representada bajo la sombra de un

árbol inmensamente populoso, entre cuyo ramaje las prometidas *Huris* se columpian muellemente. Las almas de los poetas, retiradas en la glotis de ciertas aves estrañas, revolotean sobre el árbol de la dicha, y acompañan los coros divinos. De modo que á la felicidad se la coloca sobre unas hojas.

Hasta en la muerte, si hemos de dar crédito á los viajeros, y entre ellos hay alguno que le merece ciertamente, las tribus de las costas africanas entierran á los poetas y á los músicos en los *Boobates*, árboles gigantes de los que se alimentan los negros del Senegal, y con cuyo jugo se curan las fiebres malignas. En la Abisinia, se eligen los troncos que estan ya abiertos, y aquel hueco se considera un sarcófago estrecho pero honroso, una breve tumba privilegiada, y allí se los sepulta. En todo, el hombre unido á las flores y á los árboles.

Los jardines persas son de gran nombradía. Los aman con tanto esceso que los llaman sus *Paraisos*. Circ el Grande poseia uno magnífico en Sardas en la Lidia, y Xenefonte encarece sus maravillas.

Los griegos, teniendo un suelo privilegiado, naturalmente han sobresalido en este ramo, sin embargo de las sangrientas luchas que han cubierto de sangre sus hermosas campiñas; pero para reconocer su importancia nos basta el testimonio de Homero cuando canta los del rey Alcinoo.

En Roma fué donde se singularizaron por sus jardines. Sus poetas han referido todos los encantos que la naturaleza les prodigaba. Allí esclamaba Plantio el cónsul, que no habia vivido sino los nueve años que habia habitado su granja de Tiboli. El gran Ciceron llamaba al campo su academia. Cayo Mário, á quien por su escelencia se denominaba el amigo de Augusto, se dedicó á propagar el conocimiento de las plantas, y se envanecia de haber enseñado el cultivo de las flores. Su vida acabó dulcemente entre ellas, sonriendo á la muerte que le sorprendia escribiendo las útiles lecciones de agricultura, que con tanto elogio cita Collumella.

¿Cuál seria el aspecto de aquella memorable ciudad de palacios y de verjeles? ¿No se os representan los de *Cayo y Lucio*, hijos adoptivos de Augusto, situados en las colinas que daban frente á los de Domicia, posteriormente llamados jardines de Comodo, cerca de la casa de Laterano, hoy San Juan de Letran? Yo aun distingo los árboles del de Mecenas, y los de la casa dorada de Neron, compitiendo con los de Agripina. Allí los de Lamiens tan queridos de Calígula; aquí los de Tarquino; por este lado los del César junto al Tiber; por aquel los de Eleogábalo junto á la puerta Nervia; mas allá los de Agripa lindando con el Panteon, ambos legados al pueblo como herencia.

Dirigid por último los ojos hácia aquel estremo de la ciudad donde debió levantarse un dia la puerta Salara, sobre el monte Quirino, y acaso distinguireis la vaga sombra del famoso historiador, recorriendo lentamente las oscuras alamedas á cuya sombra y entre cuyos rumores escribia. Observadle bien, y reconocereis al inmortal *Salustio* en sus jardines, y al alejaros de Roma no dejeis de mirar al monte Plucio y á sus contornos, para que tengais una idea de las quintas pintorescas que Horacio y Quintiliano, Propercio, Cátulo y otros cien han inmortalizado en sus obras. Y á la caida de la tarde, cuando el crepúsculo confunda ya las torres, los bosques y las colinas, retened el paso y dad sentido á las voces del viento murmurador, y creereis que os relata los versos de Juvenal ponderando aquel suelo delicioso, y repetireis las bucólicas de Virgilio, y las endechas de Tibulo, y los tristes de Ovidio, cuando paseeis rozando con las tapias de los retirados verjeles, en que suspiraban sus dulcísimas canciones, bellas como las macetas que le rodeaban, delicadas como sus perfumes, inmortales como la flor que se renueva todas las primaveras. Entonces comprendereis por qué se admiraba Marcial de que Curiacio pudiera morir entre tantos jardines!

Si siguiésemos, aunque de ligero, las épocas del decaimiento y progresos de la poesía, las veriamos enmudecer en esta misma Roma, cuando la austeridad del cristianismo se opuso á la escesiva libertad de estos escritos impregnados de imágenes en demasía licenciosas.

Cuatrocientos años de fanáticas contiendas desfiguraron la lengua romana é impidieron sus adelantos, hasta que de sus restos se formaron las tres que hoy se cultivan en la moderna Europa. El italiano, el frances y el español. Y por este tiempo, en Provenza, que podemos llamar la Grecia moderna, fué cuando renació el espíritu poético, y entre flores recibió su desarrollo y cultivo: viniéndose facilmente á nuestra memoria la casa de campo rodeada de jardines en donde se reunian los juglares y trovadores de todos los paises. El rey artista, el bondadoso René, protector de los ingenios y de las artes, eternizó esta época, denominando á unos claveles especiales, y á ciertas margaritas, claveles y margaritas del poeta, cuyo nombre aun conservan.

En la Europa moderna subsiste igual esmero por el cultivo de las flores.

En Alemania poseen suntuosos parques, en los que sobresale la elegancia y el buen gusto mas esquisito, reflejándose en la armonía y sencillez con que se observan plantadas, la natural bondad y ordenadas costumbres de sus hospitalarios cultivadores.

Los ingleses han llegado á reunir en sus jardines la mayor simetría y riqueza combinadas con los naturales hechizos de una vejetacion rústica y sencilla. El oro se derrama en aquellos planteles á manos llenas, y nada les parece bastante para enriquecerlos. El parque de *Wenworth*, el de *Dumcombe*, el de *Hagley* son magníficos. En este último, sobre una colina pintoresca, se eleva un bellísimo pabellon octógono consagrado á la memoria de *Thompson*, del célebre autor de las «Cuatro Estaciones,» poema que se escribió en aquel sitio porque el poeta no acertaba á inspirarse mas que entre flores.

Los jardines de Holanda son riquísimos por la variedad y estrañeza de sus vejetales y plantas exóticas, conteniendo cuantas flores rarísimas se conocen, habiendo conseguido sus industriosos moradores aclimatarlas en su pais á fuerza de desvelos y de paciencia. Hay una poblacion en la que los tulipanes, bastan para producir el pago de las contribuciones que pesan sobre ella; y en 1637, á beneficio de la Casa-hospicio de huérfanos, se vendieron ciento treinta tulipanes con sus renuevos, en la enorme suma de nueve mil florines.

En Escocia está algo mas descuidado su suelo, y únicamente la clase ilustrada tiene quintas de recreo. Johnson que tanto amaba las flores, se lamenta de los escoceses porque dice, que allí se ignora lo que es ponerse á cubierto de los rayos del sol, á la sombra de un arbusto en flor. Sin embargo, á los alrededores de Edimburgo hay bonitas casas de campo, y aun en muchos puntos de Irlanda se cultivan las flores con inteligencia y esmero.

En la Italia moderna, no necesitamos decirlo. Desde Lorenzo de Médicis, que plantó el primer jardin que puso orgullosa á Florencia hasta Nico Rucelli que construyó otros magníficos, punto de reunion de los sábios de Europa, y sitio en que celebró sus sesiones la Academia Platónica hasta Cosme de Médicis el primero que le compró con el Palacio Pitti, y la célebre Leonora, su esposa, que con Clemencia instituyó los juegos florales, asunto del que tampoco nos ocupamos por ser tan conocido, la Italia se puede decir que es toda un verjel inmenso y delicioso.

La España apenas cuenta verdaderos jardines, siendo su tierra y su cielo envidiado del universo.

Será coincidencia casual, pero en los cortos viajes que hemos hecho por el estrangero, casi siempre el nombre de un árbol, de una planta oscura, de una flor olvidada, nos han hecho recordar á los poetas eminentes.

Recuerdo que observaba yo un moral que servia de emparrado á las ventas de mi hotel, cuando una esclamacion del dueño me hizo pensar en el autor de Hamlet. «Esto no vale lo que el moral del poeta.»

Sus palabras me recordaron que el célebre Shaspeare plantó un moral por su misma mano en *Warvich-Shere*. Hasta el año de 1759 se conservó con particular respeto, pero M. Castrell, ministro protestante, profanó aquella memoria, y cuando compró la propiedad de *Newplace* lo derribó por tierra. Aquel árbol produjo una revolucion en Strafort, que honra al escritor de Macbé: aquel árbol hizo despues la fortuna de un relojero que se propuso fabricar de su madera cajas de tabaco, que le arrebataron los compradores para derramarlas por el mundo. En Strafort solo enseñan la casa del poeta y el sitio en que crecia el moral; despues os conducen á la iglesia, y allí, sobre la losa fúnebre veis, al grande hombre escribiendo su mismo epitafio. Dice así: «*Amigo, por amor de Jesus, no levantes el polvo que aquí se encierra. Bendito sea el que respeta esta piedra, y maldito el que desparza mis huesos.*»

Un naranjo advierte al que atraviesa por las cercanías de Argua, á nueve millas de Padua, en uno de los valles que franquean los Alpes de Enganneen, que allí hay otra tumba gloriosa. El olor del azahar recuerda la ternura del trovador cautivo: Torquato Tasso no morirá nunca mientras exista este árbol benéfico. Lord Byron, antes de partir á Grecia, para morir entre sus esforzados héroes, escribió en la corteza de su tronco.

Reducido es el número de personas que conoce por sus escritos al fabulista por escelencia de la Alemania, pero si cruzasen por Leipsic, les seria imposible olvidar el nombre de Gellert. Macetas de tulipanes, lirios y madreselvas coronan la última morada, del justamente llamado *el padre de las gracias alemanas*. En un medallon de la fábrica leimos: «Gellerts Audenken á la memoria de Gellert.»

¿Quién en Italia, al pasar por delante de la iglesia de I Fiori, para que hasta el nombre las recuerde, no ve la piedra adonde iba á sentarse el Dante, cuando trazaba las páginas de aquel infierno prodigioso á cuyas puertas quedaba la esperanza?

Shenstone, el escritor célebre, consagró otro sepulcro á Virgilio en las playas del golfo napolitano, y un laurel es el que señala á los gondoleros la tumba, aunque modesta, esclarecida. Y recorriendo aquellas comarcas, no las abandonareis sin que antes os hayan enseñado los jardines del autor de Orlando il furioso. Os detallan las flores que el preferia, el cultivo que las daba; porque Ariosto era un verdadero naturalista, y plantaba y podaba los arbustos, y hervorizaba con sus vejetales, y amaba con delirio las flores que debian recompensar prodigamente su cariño.

Kant el filósofo no acertaba á escribir sus profundas lecciones, desde que echaron por tierra el árbol bajo cuya sombra meditaba, y el mismo añadia, «que era deudor del buen gusto y armonía que se admiraba en su jardin, á la lectura de las hermosas descripciones de Spencer, y de la naturalidad de sus escritos, á la sencillez de las flores que contemplaba.»

Spencer, á quien elogia Kant, no salia del parque de Kilcolman, y en sus sombríos, compuso el célebre poema de la Reina de las hadas (Jayri-Queen).

Pope mandó construir en *Twickenham* una gruta de sauces y flores, y la celebró en sus cantos. A nueve millas del castillo de Windsor, cerca de la Aldea de Binfield, hemos visto una haya herida del rayo; y aquel tronco cicatrizado inmortaliza la memoria de este poeta. Se conoce en toda Inglaterra por el árbol de Pope. Está lleno de inscripciones; entre otras hay una de lady Gower, notable por su espresiva sencillez: «*Her Pope sung.*» Cuando niño, era débil y enfermizo, y solo entre las flores se sentia animado. A los doce años compuso su oda á la soledad bajo aquella haya protectora; y despues abandonó con pesar inconsolable su sombra, para hacérsela con sus escritos á los primeros ingenios de Inglatera, Addissons, Gay Steel y otros. Sus inspiradoras fueron las flores.

La Francia debe á Rouseau la primera aurora que amaneció para sus jardines. Del lastimoso estado á que le habian reducido sus ardientes pasiones, buscó el consuelo en el campo. El marques de Girardin plantó en Ermonville á diez leguas cortas de Paris, un hermoso parque en donde reposa el autor de Heloisa y Abelardo en medio de flores, cubierto el túmulo del musgo benéfico que él tanto encarecia, y en cuya yerba simbolizó el amor maternal.

En nuestra patria no hay recuerdos para el artista ni el poeta. Garcilaso es deudor á las flores de sus mejores églogas: Boscan de sus mas tiernas ideas. Lope de Vega del pensamiento de su Arcadia, soñada entre los cigarrales de Toledo; todos los poetas las han encarecido, todos las deben sus mas delicados conceptos, todos las hacen justicia. Pero debemos terminar para no hacernos molestos.

No nos ha sido dado en un artículo hacer ni una imperfecta reseña de mil ideas que hubieran dado mayor enlace é importancia á estas líneas; nos limitamos por lo tanto á consignar al terminarlas, que desde D. Juan el II apenas se conoce un solo poeta que no haya rendido culto cariñoso á las flores, con cuyas imágenes han engalanado sus escritos. La historia solo de las guirnaldas y coronas con que se premiaba á los artistas bastaria para escribir un libro.

Desde los poemas latinos del jesuita Rapin, hasta los de Monsieur Fontanes en frances, escritores de toda Europa han tenido singular empeño en celebrarlas; y Owen, Cowley Buchanan que tanto han sobresalido en sus elogios, y Mr. Darvins en su libro de los Amores de las plantas, nos han dado un testimonio de que las consideraban, no como un asunto trivial, sino como objetos de importancia verdadera. En Alemania se conocen libros profundos y de inestimable mérito sobre las flores: en inglés hay colecciones preciosas. Una flor ha bastado para conquistar una reputacion merecida. E. Constantes es célebre por unas breves páginas que las ha dedicado. Dubois es conocido como poeta de primer orden por varios idilios en que las canta.

Yo solo aspiraria á que mi nombre se recordase en alguna; en la modesta yerba de azules florecillas que se llama el romero; que disculpa tiene mi humilde anhelo cuando tanto se envanecian las ilustres familias de la antigüedad con llevar el nombre de algunas plantas sencillas, y el mismo Plinio se creia ennoblecido y contaba como uno de sus títulos mas gloriosos el que se denominase con el nombre de Pliniano una de las ocho clases de cerezos en que se dividen las especies de este árbol lindo y fructífero: é igual distincion creian haber merecido los hombres célebres que se denominaban Lentulos, Fábios y Cicerones. Sí; yo prefiero como Bernardino de *Saint-Pierre*, en lugar de un monumento que el tiempo destruye y el polvo hace desaparecer, ver eternizada mi memoria por una flor, que aunque de escasa vida, todos los años se reproduce, y en la estacion primaveral recordaria al pueblo agradablemente mi memoria.

Amemos, pues, el campo y los maravillosos frutos que produce para nuestro recreo; reconozcamos su importancia y su utilidad, reflexionando que sin los frutos de la tierra careceríamos de todo, hasta del aire puro que respiramos, y que las flores purifican.

¿Por qué llamaban los griegos á Céres la Diosa legisladora? Porque los primitivos preceptos de moral y de engrandecimiento provienen del cultivo de la tierra. Y preciso es confesar que las primeras semillas de la civilizacion de un gran pueblo deben su orígen á las plantas y á las flores, siendo, como es innegable, que sus primeras leyes nacen de su agricultura.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

(América.)

ESTÉTICA.

DE LA POESIA.

Si bien cada una de las bellas artes ofrece peculiares ventajas y produce especiales efectos, ninguna por la estension de su esfera, por la variedad de sus resultados y aun por la generalidad de su existencia, puede compararse con la poesía.

El instrumento que esta emplea es la palabra oral, signo esterior de la naturaleza y de la gerarquía del hombre. Este instrumento, maravilloso por su origen é historia, por la simplicidad de sus medios y la latitud de su significacion, sin perder en manera alguna, su índole, recibe una forma artística para servir de medio á la poesía.

La palabra obra principalmente como signo y no como espresion. Esta circunstancia que como medio artístico la hace inferior en cierto sentido á los sonidos musicales y á las formas visibles, le da por otro lado un valor y dignidad intelectual y la facultad para significar lo que no alcanzan los medios espresivos. De suerte que aun cuando se emplea como medio de la poesía, puede designar directivamente los objetos espirituales; los del mundo intelectual, es decir, las ideas propiamente dichas, los pensamientos generales; los del mundo moral, los móviles de la voluntad, los estados del alma. De ahí los alcances filosóficos y psicológicos de la poesía, al propio tiempo que el peligro que especialmente la amenaza de salirse del terreno artístico.

Por otra parte, espansiva á veces como la música, pero fija y determinada en las ideas y sentimientos que las palabras manifiestan, no necesita, como aquella, de medios esteriores para precisar su sentido; mientras que en los géneros donde es representativa, no se contenta con mostrar una situacion mas ó menos activa, como un grupo escultural ó un cuadro, ó cierto número de situaciones, como una série de pinturas, sino que desenvuelve completamente la accion no solo en los momentos mas importantes, sino tambien en los que á estos preceden y siguen y en las situaciones intermedias.

Finalmente aunque las palabras obren como signos, es decir, por una simple asociacion de un sentido á los sonidos orales, y que por lo mismo carezcan del efecto artístico de espresion de los medios propios de las demas artes, todos los vocablos que designan objetos ó relaciones importantes para el hombre, como ser religioso y social, llevan consigo una fuerza especial, producen un conjunto de impresiones que no pueden alcanzar las formas elementales puramente artísticas.

Acabamos de indicar la naturaleza y estension peculiar de la palabra como instrumento de la poesía, es decir, lo que la distingue de los medios de las demas artes: veamos ahora si por aquella misma estension, ofrece puntos especiales de contacto con estos medios.

La palabra, en efecto, ademas de designar ideas es sonido y representa imágenes.

Como puro sonido (prescindiendo del valor significativo de las dicciones), la palabra puede producir efectos análogos á los de la música. Verifícase esto en primer lugar en el ritmo, el cual consiste no solamente en la sujecion de los sonidos á medidas ó grupos isocrónicos, sino tambien en los movimientos relativos de las partes de estas medidas y en las pulsaciones ó tiempos fuertes (sílabas largas y breves en la prosodia antigua, acentuacion en la antigua y moderna) Aplícase instintivamente el ritmo á ciertas tareas mecánicas para facilitar y regularizar el trabajo (1) y es esencial distintivo de la danza. De esta pasó acaso á la poesía y á la música, puesto que sin ritmo fijo puede concebirse y existen palabras cantadas. Sin embargo en las formas artísticas completas de las dos artes del oido, el ritmo es parte principalísima, y aunque menos flexible y rico en la poesía, que no tiene á mano los variados recursos de la música (2), es lo que mas señala el parentesco de las dos artes, cuando se hallan separadas, y la parte comun que se superpone cuando vuelven á unirse.

Tal es la forma métrico-rítmica que suele y aun debe distinguir esteriormente las obras poéticas y de las demas composiciones verbales. Si bien en ciertos géneros mistos ó secundarios se usa y aun se prefiere la forma prosáica y aun que esta puede avenirse con verdaderas dotes poéticas, no hay duda que la poesía reclama la versificacion, forma artística que la distingue de los demás empleados de la palabra, que produce por sí misma mágicos efectos, que la dispone para el canto ó recuerda el antiguo maridaje de las dos artes, que estimula y levanta el ingenio y justifica las libertades del lenguaje poético y que imprime una fuerza proverbial á la espresion de las ideas.

En segundo lugar tienen un valor espresivo y por consiguiente musical los sonidos orales considerados en sí mismos y cuando este valor concuerda con la significacion de las palabras es orígen de nuevos efectos artísticos: así las letras suaves convienen á los efectos apacibles, etc. Cuéntanse ademas palabras imitativas de objetos que producen ó pueden producir un sonido, v. g., rayo, cóncavo etc., de las cuales puede servirse con éxito la poesía. Mas para entrambas correspondencias (onamatopea) debe evitarse un trabajo pueril y mecánico y fiarse en el raudal de la inspiracion, en los recursos naturales de cada lengua, evitando siempre las discordancias entre el sonido y el pensamiento y buscando una armonía general, no solo de las palabras, sino del tono, de los movimientos y de les pausas con el especial carácter de la composicion. De esta suerte se logrará sin afectacion el efecto de las correspondencias mas ó menos vagas, pero en que la imaginacion se complace, de los medios espresivos propios del lenguaje oral.

Entre las palabras las hay en gran número que designan objetos visibles, promoviendo su representacion mas ó menos determinada en nuestra mente (árbol, casa); y aun muchas de las que actualmente se aplican á hechos intelectuales ó morales se aplicaron en su origen á operaciones físicas (abstraccion, division; arrebato, ardor.) La palabra, pues, ademas de signo de idea y de sonido, es representativa de imágenes, con lo cual la poesía puede competir en cierta manera con la pintura y en general con las artes de la vista, siendo exacta en este sentido la comparacion de Horacio *Ut pictura poesis erit*: en cierta manera decimos, pues las representaciones de la poesía no alcanzan nunca la precision y el complemento de formas de aquellas artes. La poesía indica tan solo lo visible, y á pesar de esto, ó mejor, por causa de esto, obra aun mas eficazmente en la imaginacion.

Entiéndase que las palabras designativas de objetos visibles no son sino los elementos para formar las verdaderas imágenes poéticas, las cuales requieren que los objetos indicados se combinen de tal manera que esciten de un modo especial nuestra facultad reproductiva, como sucede, para citar un ejemplo bien sencillo, en el verso: *Cubre la gente el suelo.* Esta y otras imágenes que ocuren frecuentemente en poesía son de la clase de las simples, es decir, de las que no llevan otro significado del que á primera vista presentan, pero como en ella se prefiere siempre el lenguaje pintoresco al abstracto, se ofrecen frecuentes imágenes figuradas de distintas clases, como las metafóricas, la típicas, las personificativas, etc., que dicta la naturaleza, que llegan hasta el lujo en algunos poemas orientales y meridionales y que el gusto retórico acrecienta artificiosamente en las literaturas imitadoras.

Una serie continuada de imágenes constituye la descripcion, la cual, ya se refiera á objetos animados, á obras del hombre ó á espectáculos naturales, debe evitar las vagas generalidades, al mismo tiempo que los minuciosos pormenores, es decir, la falsa idealidad y la falsa naturalidad. Las descripciones poéticas se apoyan en la memoria, pero se forman en la imaginacion, que hace resaltar, sin desfigurarlo, el carácter del objeto descrito.

MANUEL MILA.

(*Diario de Barcelona.*)

(1) Asi dice Virgilio hablando de los Cíclopes:

Olli inter sese magna vi brachia tollunt
In numerum.

(2) Asi es que los compositores de música que tan exigentes deben ser con respecto al ritmo de los versos que se les destinan, lo destruyen á veces de industria, como por ejemplo, repitiendo una misma palabra, etc.

Mosaico.

La *Estafeta* ha publicado la siguiente anécdota ocurrida durante la última semana:

«El conde R. de Saint-V. regresaba á Paris en silla de posta procedente de su castillo de Saint-V.; por gusto no habia tomado el camino de hierro. Llevaba en su coche á su señora é hijo, hermoso niño de cinco años: en la delantera iban un criado y la camarera.

Al llegar á una subida inmediata á Senlis, el conde echó pié á tierra, y siguió su camino arrimándose al bosque. El coche se adelantó y debia esperarle al estremo ó cumbre de la subida.

Al conde de Saint-V. se le ocurrió entonces internarse en el bosque, y al efecto se metió por la espesura. Apenas habia dado algunos pasos, se encontró frente á frente con un ladron, quién presentandole la boca del cañon de una pistola le impuso silencio y le pidió la bolsa, el reloj, el alfiler de pecho, la sortija y un papel de cien napoleones.

El conde despojado de todo esto iba á evadirse, cuando el ladron le mandó que le dejase el paletó que llevaba, y se lo cambió con su chaqueta. La pistola asestada en actitud amenazadora no permitia negarse á las exigencias del ladron. Entonces este cogiendo y liando el paletó desapareció.

El conde al fin se resignó á vestirse la chaqueta y corriendo se dirigió á alcanzar el coche que iba alejándose.

Entretanto la condesa desasosegada por la tardanza de su marido, se asomó á la portezuela, y vió á un hombre vestido de chaqueta que se dirigia hácia el coche. No soñando siquiera que fuese el conde, miraba inútilmente en todas direcciones para verle venir.

La señora de Saint-V hace parar el coche á la sazon en que acaban de alcanzarlo el consabido que vestia de chaqueta; pero fígurense nuestros lectores cuál seria la sorpresa de la señora al reconocer á su esposo.

El conde, cansado y jadeante, no podia contestar á las preguntas que le dirigia la condesa, hasta que por último refirió en pocas palabras su aventura, y como estaba sudando á mas y mejor, trascordado ya de su nuevo traje, echó mano en busca del pañuelo que llevaba en el paletó.

Pero ¡oh sorpresa! su mano dió con el bolsillo de la chaqueta, y en vez de encontrar el pañuelo halló un cuerpo, y sacándolo vió que era su reloj, el mismo que le habia sido robado. Vuelve á echar mano en el bolsillo, y encontró su sortija, su alfiler de pecho, la bolsa y el papel de cien napoleones.

No solo esto, sino que en otro bolsillo encontró un porta-monedas y una caja de tabaco que no le habia sido robado.

El ladron al cambiar de traje con el conde, no se habia acordado de que habia depositado en su chaqueta todos los objetos robados al conde; véase por qué casualidad acababa de recobrarlos.

Un hombre grabado en la caja de tabaco permitió al conde devolver esta y el porta-monedas á su legítimo dueño.

La caja de tabaco era regalo hecho por un soberano á un artista.»

Se lee en el *Globo* de Lóndres:

«A consecuencia de la aparicion del cólera en Stratford, se han adoptado en todas las parroquias de la capital las mas rigurosas medidas sanitarias y las mayores precauciones. En Marylebone se ha pasado una severa visita sanitaria bajo la direccion del doctor Thompson. Igual medida se ha adoptado en San Pancracio, bajo la vigilancia del doctor Hillier, mientras que en todas las demas parroquias de la capital las autoridades locales estan alerta; dispuestas á combatir la epidemia desde su aparicion.»

Aviso al comercio.—Para confeccionar un miriñaque, son indispensables las materias siguientes:

Tres rollos de acero.
Seis de alambre.
Diez varas de estera.
Veinte de cinta.
Dos libras de engrudo.
Doce varas de lienzo.
Cuarenta madejas de hilo.
¡Ojo maridos!

Algodon de Georgia.—En varias ocasiones, por medio de otros periódicos, hemos recomendado el cultivo de esta importantísima variedad, en los terrenos salobres de las costas mediterráneas españolas, refiriendo, con este motivo, los progresos que hacia en la colonia de la Argelia. El actual emperador fundó en octubre de 1853 un premio del valor de veinte mil francos, ó sean cuatro mil duros, para fomentar dicho cultivo. Del informe del jurado para la adjudicacion resulta, que los plantíos comprendian en 1856 la estension de 1,923 héctares. El premio fué adjudicado á la compañía meridional, representada por M. Rochoux, por los cultivos que estableció en Habra y en Saint-Denis-du-Sing (provincia de Oran.)

Mugeres.—El Morning-Advertisser copia del *Miln's Life in China*, periódico que se publica en el imperio Celeste, la siguiente noticia:

«En las personas que siguen la bandera del jefe insurgente en China, se dice que hay en la ciudad del Nankin medio millon de mujeres: se hallan repartidas en brigadas de 13,000, mandadas por oficialidad del mismo sexo: 10,000 mujeres elegidas guarnecen la ciudadela: las restantes se ocupan en abrir fosos, construir baterías ect.»

Por los sueltos, J. FIOL.

PALMA.

CRONICA RELIGIOSA.

Santo del dia de mañana

S. ZACARIAS, PROFETA Y STA. ISABEL, PADRES DEL BAUTISTA.

AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Sale el sol á las ... 6 hs. 33 ms.
Pónese.... á las ... 4 » 54 »
Hora en que debe señalar el reloj al medio dia verdadero.
Las 11 hs. 43 ms. 46 s.

AVISOS OFICIALES.

GOBIERNO MILITAR

DE LA ISLA DE MALLORCA.

Orden de la plaza del 1.º de noviembre de 1857.

Queda nombrado médico de plaza para el presente mes el primer ayudante médico con destino al regimiento infantería de Luchana don Manuel Garrido y Camaño que vive en la calle d' en Brondo, número 56, piso primero.

Lo que se hace saber en la órden de este dia para conocimiento de los individuos á quienes pueda interesar en los casos que ocurran en dicho mes.—El general gobernador Pastors.—Es copia.—El comandante secretario—Ricardo Dominguez.

Por disposicion del M. I. Sr. Alcalde se señala el dia 6 del actual, á las doce de su mañana y en la Casa Consistorial de esta ciudad, para que se verifique la subasta de los muebles embargados á don Juan Vidal, para el pago de la contribucion de derrama. Palma 4 de noviembre de 1857.—Julian Clemente.

NAVEGACION

EMBARCACIONES FONDEADAS.

Dia 3.

De Villanueva en 3 dias laud San Miguel, de 72 ton., pat. Sebastian Coll, con 6 mar. y vino.

De Iviza en 4 dias Pailabot Marieta, de 70 ton., pat. Juan Costa, con 6 mar. y lastre.

De Barcelona en un dia vapor Rey don Jaime I. de 229 ton., cap. don Gabriel Medinas, con 29 mar., balija y efectos.

IDEM DESPACHADAS.

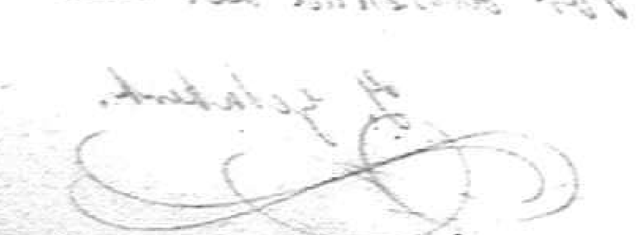
Dia 3.

Para Barcelona vapor Mallorquin, de 155 ton., cap. don José Estades, con 18 mar., 52 pas., balija y efectos.

Para Alicante polacra goleta Virgen del Mar, de 85 ton., cap. don Bartolomé Gnard, con 7 mar., trigo é id.

Para id. laud 2.ª Pamela, de 50 ton., capitan don Bartolomé Felany, con 6 mar., 2 pas., id. é id.

Pora Torrevieja corbeta Oscar, de 330 ton., cap. J. Cristhiansen, con 13 mar. y lastre.



SECCION DE ANUNCIOS.

PALMA:

Imprenta de Pedro José Gelabert, editor responsable.

Por ausencia del editor

J. Gelabert